

Chile Cuida rá Ley: cuidar también es un derecho

Cuidar no es solo acompañar. Cuidar es sostener a de otro cuando el sistema no siempre sostiene a. Cuidar es estar antes que todo, incluso antes la misma.

Oy, cuando Chile discute y avanza hacia una Ley Cuidador, se vuelve urgente preguntarnos: ¿Qué es? ¿Qué es ser cuidador o cuidadora? ¿Y qué pasa al autocuidado cuando la vida gira en torno a otro? Ser cuidador no es una elección romántica, es una necesidad que muchas veces llega sin aviso, sin al y sin red, es levantarse cada día pensando en las, medicamentos, controles médicos, alimentación especial, rutinas estrictas, crisis inesperadas y sin descanso. Incluso desvelos!

Se reorganiza la vida completa en función de otro humano. En particular, cuando hablamos de cuidadoras de niños y niñas autistas, hablamos mujeres que muchas veces postergan su trabajo, donan estudios, dejan una profesión construida años de esfuerzo, para reinventarse entre comillas dando algún ingreso informal o flexible que permita vivir día a día. No se trata de estabilidad, se trata de asistencia.

El cuidado impacta directamente en la vida familiar: las relaciones se desgastan, otras se rompen. No le falte amor, sino porque el peso es demasiado leve cuando no hay apoyo. El cuidado constante a la economía del hogar, la alimentación, el acceso a terapias oportunas, la continuidad de tratamientos médicos y la salud integral de toda la familia. Mientras tanto, el cuidador se posterga. Se posterga salud física, su bienestar emocional, su descanso. Posterga su propia vida.

El cuidado mental de quienes cuidan es una deuda histórica, el desgaste físico y emocional es real, pesado y acumulativo. Aprender nuevas rutinas, armar a un sistema que no siempre comprende, ir caminos informales para salir adelante, todo ello con sacrificio, con miedo al futuro y con una gran incertidumbre.

Por eso lo ocurrido recientemente en el Senado no es un hecho menor. Es el resultado de años de espera, una persistencia, de voces que insistieron cuando nadie escuchaba. Tuvimos que esperar demasiado, hoy estamos más cerca de que Chile Cuida sea una ley que puede cambiar vidas.

Esta ley es importante porque reconoce que el cuidado no puede seguir siendo invisible, porque nombra la realidad que ha sido sostenida casi exclusivamente por mujeres, porque abre la posibilidad de una red de hoy muchas veces hay un vacío, porque cuidar debería significar empobrecerse, enfermarse o desaparecer como persona.

O queremos que este proyecto quede en proceso. No queremos que el próximo presidente sea sea no lo ejecute. El cuidado necesita voluntad política, presupuesto y acciones concretas. No basta reconocer, hay que sostener.

Gradecemos a los Senadores, Ministras y Ministros impulsaron este avance. A las autoridades que han dado un paso que parecía imposible. A nuestras hermanas cuidadoras que viajaron a Valparaíso el 14 de enero y levantaron la voz por todas las mujeres que pudimos estar presentes físicamente, pero sí muy presentes en espíritu.

Gracias a quienes llevan años luchando. Por quienes no están. Por quienes seguimos aquí, sabiendo muy bien lo que implica ser cuidador. Y por quienes están.

Que las próximas generaciones no tengan que vivir en la misma incertidumbre, con el mismo miedo a encontrar una solución.

Que cuidar no sea sinónimo de abandono. Que por fin, cuide a quienes cuidan.

Durante años hemos celebrado el aumento sostenido de la matrícula en las carreras de ingeniería en Chile. Sin embargo, hemos evitado mirarnos con la misma honestidad una pregunta incómoda: ¿con qué herramientas formativas llegan realmente esos estudiantes a la universidad? El diagnóstico se repite en facultades de todo el país: una proporción significativa de quienes ingresan a ingeniería presenta vacíos profundos en ciencias y, especialmente, en matemáticas, áreas que deberían estar sólidamente consolidadas al egresar de la enseñanza media.

No se trata únicamente de contenidos olvidados, sino de carencias más estructurales: debilidades en el razonamiento lógico, en la resolución de problemas, en la abstracción y en la comprensión conceptual que la formación en ingeniería exige desde el primer semestre.

Desde 2010 en adelante, las sucesivas reformas a los sistemas de acceso a la educación superior —PSU, PDT y actualmente PAES— han buscado reducir desigualdades y modernizar los instrumentos de selección. No obstante, el nivel efectivo de dominio matemático y científico de las cohortes que ingresan a ingeniería no ha mostrado mejoras sustantivas. Las brechas según tipo de establecimiento y contexto socioeconómico persisten y se trasladan casi intactas a las aulas universitarias. En la práctica, esto significa que estudiantes que comparten una misma sala parten desde puntos de inicio muy distintos, no solo en conocimientos, sino en las herramientas necesarias para enfrentar con éxito la formación profesional.

Esta situación tiene consecuencias que rara vez se discuten en público. Por un lado, la sobrecarga de los primeros ramos de matemáticas y ciencias se traduce en frustración, repitencia y deserción temprana. Por otro lado, se instala la tentación de “bajar la exigencia” para mantener tasas de aprobación aceptables, lo que erosiona la confianza en el título de ingeniero como sinónimo de alta competencia técnica. A largo plazo, el país corre el riesgo de formar profesionales que saben

operar pero que carecen de capacidad para resolver problemas innovadores; supuestamente las harían cuarta.

Ante esta situación programada. Es que el déficit de esfuerzo se ve en el déficit de desarrollo.

No es una cuestión de milagros, sino de un proceso articulado que los currículos docentes en torno a ingeniería seguirían su origen invertido matemática.

Soporte de asuntos de blema más que solo la necesidad dice q

Columnista - Espacio de Opinión

LA INOLVIDABLE VER OCARANZA MARTINEZ

La calle O'Higgins en la década de los 60' del siglo XX tuvo cierta magia para mí, porque en esos años vivieron quienes fueron mis tres mejores amigos de infancia: Carlos Cisternas Lamas, Mauricio Ocaranza Martínez y Luis Sepúlveda Martínez. Cursábamos en el Colegio San Antonio y luego en el Colegio San Agustín. El casco antiguo de la ciudad era nuestro patio de juegos. Recorriamos el centro serrenense y nuestros juegos llegaban hasta el Parque Pedro de Valdivia. Junto a Mauricio, Carlos y Luis teníamos interminable tomos de Pin Pong. También los Cisternas eran hábiles en el box y ahí se producían otros encuentros. Otros días el papá de los Cisternas armaba jornada de caza. Muy apetecidas eran las torcazas que terminaban estofado preparado por la mamá de los Cisternas. Los días pasaban vertiginosos. Fuimos creciendo y la vida nos fue dispersando: Luis Martínez se fue a trabajar al Norte a las minas; Mauricio Ocaranza se vinculó a los negocios familiares y comenzó otros en Coquimbo, mientras que Carlos Cisternas inició sus estudios de medicina en Santiago. Los Ocaranza Martínez recordados en esta ocasión eran una familia de esfuerzo que se había instalado con la Casa Edison, de variados artículos eléctricos, en pleno centro de la ciudad. Los conocí cuando vivían en la calle Peni. La mamá, Raquel Martínez Pizarro, nació en Taltal en 1922. Fue profesora normalista y ejerció en la localidad de El Barquito. Era de gran talento y perseverancia. El padre Primo Ocaranza Valera nació en La Serena en 1922. La pareja se casó en 1946 y tuvo ocho hijos: Primo Jorge, Carlos, que falleció a los seis años, Jessica, Sergio Mauricio, Carlos, Raquel, Verónica de Lourdes y Luis Alberto. Verónica de Lourdes era una jo-

ven en nos cr de ent Nosotr jos, po nosotr hombr sus est Gabrie cocinar dos rel cuatro Maxim golpea la noti Valpara días se cuerpo Ocaran Serena rán cre Con su crónica aparec los her mejor En la fi llevare